

## PROYECTO R - CAPÍTULO 3: TRASCENDER

**Autor:** IBreiel

El silencio de la madrugada envolvía la habitación como un manto imperceptible. Una suave luz azulada, casi líquida, se deslizaba por las paredes, anunciando la transición entre la noche y el día. Refbe yacía inmóvil sobre la plataforma de sueño, envuelto en una fina tela que apenas se adaptaba a la perfección de su cuerpo. Desde fuera, cualquier observador habría visto a un joven común, de rasgos atractivos y serenos, perdido en el descanso. Pero en su interior, una red de conexiones más avanzadas que cualquier sistema humano recopilaba información, reajustaba algoritmos y afinaba cada detalle de su fisiología robótica.

Con un movimiento ágil y controlado, se incorporó, rompiendo el momento de quietud. Sus ojos marrones, cálidos pero vigilantes, recorrieron el entorno mientras se apartaba el cabello con la mano derecha. Era un gesto automático, aprendido de sus observaciones humanas, que complementaba su imagen de joven despreocupado. Antes de que pudiera reflexionar más sobre el día que comenzaba, la voz de Ivi sonó en la habitación con su habitual entusiasmo programado:

—¡BUENOS DÍAS, SEÑORITO! HOY HACE UN DÍA ESPLÉNDIDO. DEBO RECORDARLE QUE AYER PREOCUPÓ DEMASIADO A SU PADRE. SU INESPERADA SALIDA POR LA CIUDAD FUE LA CAUSA EVIDENTE.

Refbe esbozó una sonrisa apenas visible. Luego, observó la pequeña esfera luminosa que proyectaba la voz de Ivi desde la esquina de la habitación.

—Intentaré ser más moderado, pero no prometo nada. Me pregunto si toda la información llega a mi padre en tiempo real o si decides filtrar

los detalles.

Hubo una breve pausa, casi inadvertida para cualquiera, menos para él, que ya había detectado patrones en el tiempo de respuesta de Ivi.

—MIS PRIORIDADES SON SU BIENESTAR Y SUS ÓRDENES. NUNCA COMPARTIRÍA DATOS SIN SU AUTORIZACIÓN.

—Claro, Ivi. Confío en ti —respondió, esta vez ejecutando una sonrisa más amplia—. ¿Algún plan interesante para hoy?

—HAY NOTICIAS SOBRE VARIAS CONFERENCIAS SUGERENTES SOBRE ROBÓTICA. LA DE MAÑANA A LAS 10 A. M. ES UN ANUNCIO DE PLUSROBOTIC.

—Interesante. ¿Cuál es el tema?

—LOS PRIMEROS ROBOTS. SE CENTRA EN EL DESARROLLO DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL PARA DARLE A LOS SISTEMAS UNA ESTRUCTURA CORPORAL.

Permaneció pensativo.

—¿CÓMO QUIERE DECORAR SU HABITACIÓN?

—Un clásico, Ivi. El castillo de Windsor de Jeffrey Wyattville.

Ese era su tema favorito. Todas las superficies de la habitación cambiaron gracias a los hologramas integrados en las paredes.

Comenzó a vestirse con rapidez. Se colocó una camisa de manga larga oscura, ajustándola con precisión sobre su torso y remangando los puños hasta los antebrazos. Cada movimiento era preciso, como si la prenda en sí le devolviera algo de su habitual control. Luego, se puso

los pantalones negros de corte recto, y los zapatos oscuros, cuyo brillo contrastaba con la sobriedad del resto de su atuendo.

A continuación, bajó a la planta principal y no tardó en darse cuenta de que se encontraba solo. Desde su comunicador, activó una holopantalla para repasar el noticiero. En ese preciso momento, se escuchó un aviso del panel identificador de la entrada.

—DOS AGENTES DEL CUERPO DE SEGURIDAD SOLICITAN ACCESO A LA CASA. ¿CÓMO DESEA ACTUAR?

Sin contestar, Refbe avanzó hacia la puerta trasera con una velocidad controlada, pero, en su interior, la tensión crecía. Sabía que cada segundo contaba. Sus pupilas escanearon el espacio exterior con agilidad, buscando un camino de escape.

—SEÑORITO, LA RUTA DE EVASIÓN MÁS EFICIENTE ES POR LA CALLE POSTERIOR. LAS PROBABILIDADES DE ÉXITO SON DEL 68%.

—Gracias, Ivi, pero debo despedirme. Improvisaré —respondió con un tono más apurado de lo habitual, mientras su mente procesaba un sinfín de posibilidades.

Justo antes de salir, arrojó un diminuto dispositivo al suelo, que al activarse emitió una breve pero cegadora explosión lumínica.

Al abrir la puerta, se encontró cara a cara con dos agentes uniformados. Su mente decodificó con rapidez sus expresiones: sorpresa en uno, determinación en el otro. Ellos no sabían lo que enfrentaban.

—¡Deténgase ahí mismo! —ordenó el primer agente con voz firme mientras desenfundaba una pistola neuroeléctrica.

—Solo quiero aclarar el malentendido —respondió, levantando las manos con una calma calculada que enmascaraba su creciente desesperación.

Cuando el segundo agente intentó sujetarlo, Refbe se movió con una agilidad milimétrica, esquivando el agarre con un giro inesperado. Sin embargo, un rápido movimiento del primer oficial lo bloqueó. Sabía que no podía escapar sin levantar sospechas sobre su naturaleza.

—¡No intente resistirse! —gritó el segundo agente al colocarle los imanes de retención en las muñecas, cuya luz roja comenzó a brillar en cuanto se activaron.

—¿Es necesario? No he cometido ningún crimen —dijo modulando su tono para parecer más ofendido que asustado, mientras evaluaba las opciones de desconexión del dispositivo de retención sin ser descubierto.

El agente sacudió la cabeza.

—Tenemos órdenes claras de llevarlo para un interrogatorio. Esto es Ciudad Capital; aquí nadie está por encima de las normas.

Con cada palabra de los agentes, sentía que el margen de error se reducía. El imán de retención vibraba contra su piel. Ajustó su respiración, controlando su comportamiento. Un solo error y todo podría derrumbarse.

Mientras lo escoltaban al vehículo, observó el entorno con una mezcla de cálculo y resignación. Las calles se erguían como un laberinto hostil, sin salida aparente.

—Esto es un malentendido —dijo Refbe intentando redirigir la atención de los agentes.

Sin embargo, dentro de él, los pensamientos chocaban como una tormenta eléctrica. Era su primera captura.

*¿He subestimado a los humanos?*

Un destello de estrategia se encendió en su mente. El fracaso no era una opción; no mientras existiera un plan. Y si los humanos lo creían bajo control, esa sería su mayor ventaja. Sin embargo, el conflicto seguía latente: en esos instantes, era devorado por una mezcla de emociones humanas.

Una vez dentro, el transportador de seguridad avanzó a gran velocidad hasta completar su trayecto y detenerse frente a un enorme edificio del centro. Los agentes lo escoltaron al interior, donde lo cachearon. Después cruzaron distintas salas y pasillos y terminaron por subir en ascensor hasta una planta alta. Lo dejaron en un pequeño cuarto, donde había dos sillas y una mesa. Todo le parecía novedoso e inquietante.

Transcurrió bastante tiempo hasta que la puerta se abrió, tras el sonido característico de desbloqueo, y un hombre entró esbozando una sonrisa.

La sala estaba envuelta en un silencio denso, interrumpido tan solo por el zumbido del proyector holográfico que iluminaba el rostro inexpresivo de Refbe y la mirada penetrante del magistratus Matt. La luz fría resaltaba las líneas de cansancio en el rostro del magistratus, mientras su postura rígida hablaba de alguien acostumbrado a dominar el espacio. Refbe, sentado frente a él, no mostraba nada más que una leve curiosidad, pero en su interior, cada palabra, cada gesto sería registrado y analizado.

—Soy el magistratus Lasten Matt. ¿Sabes por qué estás aquí, verdad?

Antes de responder inclinó la cabeza, un movimiento que podía interpretarse como sumisión o burla, dependiendo del observador.

—Creo que usted me lo explicará.

Matt apoyó ambas manos sobre la mesa, inclinándose hacia él, invadiendo su espacio personal.

—No me impresiona tu actitud tranquila. Tipos como tú siempre caen.

Refbe mantuvo la mirada fija en él, como si estuviera evaluando la afirmación con el mismo rigor con el que se analiza un problema matemático.

La presión en sus palabras es significativa, pero su pulso está elevado. Nervios. Este hombre necesita dominar para sentirse seguro.

—¿Cree que no puedo controlar esto?

Cada sílaba era afilada por una insolencia medida.

Matt golpeó la mesa con la palma abierta. El sonido retumbo entre las paredes.

—¡Deja de jugar! —espetó—. Tarde o temprano, hablarás. La mayoría lo hace.

No reaccionó de inmediato. Se limitó a observar cómo la tensión le crispaba.

—Curioso —murmuró al fin, con una sonrisa apenas visible—. Pensé que la verdad era relativa. En las manos adecuadas, claro.

El comentario, como había previsto, hizo que el magistratus retrocediera apenas un paso. Durante una fracción de segundo, detectó un destello de confusión. Lo suficiente para confirmar lo que necesitaba: estaba tanteando a ciegas, esperando que él cometiera un

error. Pero el androide no cometería errores.

—Es fascinante —añadió—. La manera en que se esfuerza por hacerme sentir acorralado. ¿Siempre le funciona?

La provocación apenas disfrazada endureció la expresión de Matt, quien cruzó los brazos, intentando recuperar el control.

—Voy a disfrutar cuando veas que no tienes salida. Nadie escapa de la ley.

No respondió. No necesitaba hacerlo. Cada palabra le proporcionaba información valiosa, un mapa de sus miedos, de su desesperación por someterlo. El juego de poder continuaba, pero en su mente ya estaba varios pasos por delante.

El magistratus se sentó y el interrogatorio continuó.

—Dime, ¿nunca has estado detenido?

—Así es.

—Eso me parecía al no encontrar su historial delictivo. La situación es extraña; ahora mismo no tenemos mucho material para identificarlo. Además, el sistema IAD de su vivienda ha quedado fundido. Se han perdido todos los datos.

—¿Y eso le inquieta?

Matt lo miró extrañado.

—Lo solucionaremos, no te preocupes. De momento, bastará con que me expliques qué hacías ayer intentando llevarte información del ordenador central de PlusRobotic.

—¿Robar? Me fascina la IAD. No llegué a llevarme nada, ni física ni digitalmente. Compruébelo.

—Hay una lista de cargos que podrían hundirte.

—Entonces debería preocuparse menos por el tiempo y más por los hechos —replicó.

Se amplió la distancia entre ellos.

—¿Crees que eres intocable? Porque no lo eres. Nadie lo es.

Al responder no se movió ni un milímetro. Su voz salió firme.

—La intimidación es una estrategia pobre. Y usted lo sabe.

Matt entrecerró los ojos, buscando una grieta en la armadura de calma que el detenido proyectaba. Necesitaba aferrarse a algo, cualquier cosa que le diera estabilidad.

—¿Cómo te llamas? —insistió—. Si no colaboras, esto no terminará bien para ti.

Refbe ladeó la cabeza, como si estudiara el suelo.

—¿Y si ya ha empezado a terminar mal... para ambos? —dijo al fin, sin elevar el tono.

La tensión en la sala era palpable. Cada palabra era un disparo; cada silencio, una caída al vacío. Matt sabía que tenía que quebrarlo. Refbe sabía que no podía permitírselo. Ambos lo sentían: el primero que flaqueara perdería mucho más que este duelo de palabras.

—No esperaba una colaboración absoluta. Su situación ahora mismo es

complicada; no veo forma de dejarlo ir. Piénselo, tendrá tiempo de sobra.

El magistratus se levantó de golpe. Su cara denotaba una notable irritación. Salió ligero de la habitación y la puerta deslizante volvió a quedar bloqueada tras su paso.

A escasos metros, en la sala de reuniones adjunta al cuarto de interrogatorios, el ambiente era distinto: más frío, más técnico. Allí lo esperaba el general Trever, sumido en el análisis de los registros biométricos del detenido.

Mientras se dirigía a su encuentro, respiró hondo, haciendo un ruido forzado; aún desconocía las implicaciones de este caso, pero lo averiguaría, de eso estaba convencido. Esto era Ciudad Capital, y trabajar el doble o el triple de horas sería su nueva obligación.

*¿Quién es esta persona no identificada? ¿Por qué me han dado este caso como mi primer trabajo? ¿Qué oculta PlusRobotic?*

Al llegar a la sala de reuniones, se ajustó sus guantes de cuero negro con movimientos meticulosos, como si así pudiera controlar el flujo de pensamientos que lo atormentaban. Frente a él, el general Trever tenía la mirada fija en la ficha digital proyectada en varias holopantallas. Una fotografía desvaída del joven Christian Crowl flotaba junto a los datos de Refbe.

El general Trever revisaba el expediente. Cada línea que leía hacía que sus dedos se tensaran contra la mesa metálica. Finalmente, se detuvo. Con incredulidad, alzó la vista hacia el otro lado del espejo espía.

—¿Qué está leyendo, general? —quiso saber.

Trever, conocido por su temple inquebrantable, exhaló con fuerza. Se

inclinó sobre la proyección y señaló con un dedo tembloroso las líneas de texto.

—No puede ser... esto es un maldito error.

—¿Error? —arqueó una ceja—. No creo que el sistema cometa errores.

Matt vio algo que no había visto en el veterano militar: duda.

—Mira esto. —El general amplió los registros con un gesto brusco.

Se acercó, sintiendo que su estómago se encogía al ver lo que Trever señalaba.

—Christian Crowl... —leyó en voz baja, sin creérselo.

—Desaparecido hace 3 décadas. Declarado muerto —añadió Trever con la voz quebrada.

El magistratus estudió cada palabra como si el significado pudiera cambiar si lo analizaba lo suficiente. La incredulidad pronto dio paso a una punzada de incomodidad.

—Entonces... ¿quién demonios está sentado en esa sala?

El general Trever se echó hacia atrás, dejando que su silla rechinara contra el suelo.

—Si lo que estamos leyendo aquí es cierto, Crowl no solo sobrevivió.

Trever se detuvo en seco.

—No puedes estar hablando en serio. —Matt apretó los dientes, sintiendo que la tensión lo asfixiaba—. ¿Insinúas que este sujeto... es Crowl?

Trever señaló la pantalla de nuevo, casi con rabia.

—Las coincidencias biométricas no mienten. El patrón neural es idéntico.

Las probabilidades de error son casi nulas.

El magistratus giró su silla lentamente hacia él.

—Entonces explícame esto: ¿cómo puede un hombre que murió hace más de 3 décadas estar sentado en esa habitación, con un cuerpo que no se corresponde a esa edad?

Trever no respondió de inmediato, como si buscara las palabras adecuadas.

—Tal vez nunca murió. Quizás Crawl encontró una manera de... trascender. Mantenerse joven.

—¿Trascender? —Matt se puso de pie de un salto, dejando que la frustración se desbordara—. No estamos hablando de un maldito fantasma, general. Estamos hablando de una persona. Una persona que está jugando con nosotros, haciéndonos creer que es alguien que no es.

Trever no se movió.

—¿Y si de verdad es Crawl?

Matt se dejó caer en la silla y pasó una mano por su rostro. La idea era absurda, pero también posible.

—Si esto es verdad... —murmuró el magistratus, con un nudo en la garganta—. Entonces estamos ante algo mucho más grande de lo que creíamos.

Trever asintió.

—Y por eso no podemos llegar a entenderlo. Esto requiere un enfoque ajeno a nuestra particular manera de actuar, y por eso está usted aquí. ¿Pensaba que le haríamos venir por un simple caso? Investigue, averigüe de manera discreta, pero resuélvalo. Ahora descanse un poco, esperemos que el arrestado reflexione. Ha tenido un primer día ajetreado, todo cuerpo y mente necesitan recuperarse. Usted no será una excepción.

—Espero que tenga razón. Pero debo ponerme al día. Debo reflexionar. ¿Cómo es posible? —dijo Matt mientras volvía sus ojos hacia una de las holopantallas.

Luego, con un movimiento de su brazo, todas las holopantallas desaparecieron. Se despidió.

Nada más salir del edificio, notó el viento fresco recorrer su cuerpo. Las luces deslumbraban y el sonido de la ciudad no le permitía pensar con claridad. Las palabras e imágenes martilleaban su cabeza. Buscaba alguna respuesta razonable, pero por ahora, le resultaba imposible. Demasiada tensión para su primer día. Entonces decidió que era el momento idóneo para visitar el Visor. Necesitaba relajarse.

Un taxitransportador público se detuvo junto a él. La ventanilla del copiloto bajó.

—¿Desea ir a algún sitio, señor? —preguntó el conductor.

—Hola, pensaba visitar el Visor, si es posible.

—Esta es la mejor hora para ver la panorámica de Ciudad Capital.

Se montó y el vehículo se deslizó por la vía imantada. El interior estaba

oscuro, iluminado apenas por los reflejos de las luces de neón que entraban a través de las ventanas. Matt observaba el paisaje, intentando procesar la maraña de pensamientos que lo atormentaban. El conductor, un hombre de edad avanzada con rasgos inexpresivos, mantenía la vista fija en la carretera.

—Nunca pensé que el tráfico en esta ciudad pudiera ser tan fluido —comentó, más por necesidad de distraerse que por interés real.

—Solo en ciertas rutas —respondió el conductor.

Matt lo miró a través del espejo retrovisor.

—¿Conoce bien todas las calles?

El conductor asintió.

—Las he recorrido durante años. Aprendes a evitar los atascos si prestas suficiente atención.

—¿Y qué más aprendes en tu profesión? —El magistratus ladeó la cabeza, intentando captar algún detalle del conductor.

El hombre tardó un segundo en responder, como si estuviera calibrando su respuesta.

—Bueno, aprendes a leer a las personas. A notar lo que dicen, pero también lo que no dicen, señor...

Esa respuesta hizo que se enderezara en el asiento.

—Como magistratus, ese es el tipo de habilidades útiles que me instruyen.

El conductor soltó una leve risa, seca y contenida.

—No siempre es fácil ignorar lo que ves.

—¿A qué se refiere? —susurró Matt.

El conductor evaluó si debía o no continuar.

—A que, a veces, ves cosas que otros prefieren no notar. Y cuando lo haces, tienes que decidir si mirar hacia otro lado o actuar.

Observó su rostro con más atención, pero la expresión del hombre seguía siendo inescrutable. Era como si deliberadamente estuviera jugando con sus palabras.

—¿Y qué hay que hacer? ¿Mirar hacia otro lado o actuar?

El conductor siguió mirando al frente, sin pestañear.

—Depende... —murmuró al fin—. Depende de quién esté detrás de mí.

El taxi tomó un giro inesperado y Matt apoyó las manos en el asiento.

—¿Seguro que esta es la ruta más rápida?

El conductor giró el rostro apenas lo suficiente para que pudiera verle el perfil.

—Las rutas rápidas no siempre son las seguras.

Matt ya no podía apartar la sensación de que había algo más detrás de aquel hombre. Un simple conductor no usaba palabras como esas. ¿Era una advertencia? ¿O solo una provocación?

Mientras se sumía en sus pensamientos, el conductor encendió la radio, rompiendo el silencio con una melodía suave y melancólica. La voz sintética del sistema de navegación anunció: “Destino: a 2 minutos”.

Luego, se relajó en el asiento.

Al fin llegaron al Visor. Al detenerse el vehículo y abrirse su puerta verticalmente, Matt bajó y permaneció de pie unos segundos. Luego se apoyó en el barandal del Visor, esa imponente estructura suspendida sobre Ciudad Capital. Desde allí, todo parecía diminuto: las avenidas llenas de tráfico, las luces titilantes que se entrecruzaban como venas eléctricas en un cuerpo metálico. Era imposible no sentir una mezcla de asombro y opresión al contemplar la escala monumental de la urbe.

Respiró hondo, intentando calmar el tumulto en su interior. El aire artificial, reciclado hasta el cansancio, apenas refrescaba el calor que sentía en el pecho. Su mirada se fijó en un punto distante, donde los edificios más altos se perdían. Su mente, sin embargo, no podía quedarse en el presente. Las palabras del general Trever seguían resonando como un eco insistente: Christian Crowl podría estar vivo. El peso de aquella revelación había sacudido lo que creía saber. En los archivos de información clasificada, había leído sobre Crowl, claro, pero hasta entonces lo había considerado un fantasma del pasado tecnológico, un genio incomprendido.

¿Era posible que un hombre como él hubiera desaparecido... para dedicar toda su vida al estudio de la IAD que había robado? Un estremecimiento le recorrió la columna.

Cerró los ojos por un instante, dejando que la imagen del detenido invadiera su mente.

Frustración.

Apretó los puños.

Una ráfaga de aire artificial le revolvió el cabello. Desde esa altura, la ciudad palpitaba como un organismo vivo. Sus luces, sus sombras, sus secretos.

—¿Qué estamos buscando? —murmuró.

*¿Y si lo que persigue PlusRobotic no es más que un intento de mantener un control que, de todos modos, ya han perdido?*

Apretó el barandal.

Sea lo que sea, no voy a permitir que esto me detenga.

Fue entonces cuando oyó una voz familiar:

—Debo continuar mi jornada. Puedo acercarlo a donde desee.

Se giró. El conductor del taxitransportador se asomaba por la ventana.

—Supongo que tiene algún cliente esperando, pero ¿no era este uno de sus sitios preferidos? —inquirió Matt.

La puerta del transportador se abrió y un hombre mayor se acercó. Su forma de moverse revelaba una vida nada fácil, un trabajo duro y continuo. Renqueaba al caminar, pero aún desprendía vitalidad y una confianza inquebrantable.

—¿Qué edad tiene usted?

—Demasiados para decírselo, pero sigo con las mismas ganas de siempre. Aunque hoy he tenido un mal día.

—Bueno, no se preocupe, se solucionará.

El conductor sonrió con melancolía.

—Hace poco estuve aquí, ¿sabe?

—¿Trabajo?

—No, traje a mi hijo. Me encanta compartir tiempo a su lado. Por eso estoy triste... ya no vive conmigo.

—Seguro que regresa cuando lo necesite.

—Estamos muy unidos. En fin, ¿y usted? ¿Qué le ha pasado para tener ese aspecto tan horrible?

Matt exhaló con pesadez.

—Acabo de llegar de Ciudad Soel, y tengo por delante un caso intrigante. Me he preparado durante años para ser Primer Seguridad y ahora me siento impotente. Debo identificar a alguien que no existe en la base de datos.

El sonido de su comunicador lo alertó de nuevos informes. Asintió sin siquiera mirarlo. No necesitaba leerlos para saber lo que le esperaba: más preguntas, más incertidumbre.

Regresaron al taxitransportador. El conductor, con una expresión profesional y un leve asentimiento, le indicó que se asegurara con la fijación de seguridad. En el trayecto de regreso al centro, todo transcurrió con normalidad. Sin embargo, al llegar a un cruce elevado, una motogiro se acercó demasiado al taxi y se emparejó peligrosamente a su lado. El piloto giró el rostro hacia la ventanilla trasera y observó durante varios segundos. Matt lo notó al instante, pero justo cuando iba

a advertir al conductor, la motogiro cambió de rumbo y desapareció por otra vía.

Al poco tiempo, ya circulaban por las vibrantes vías de Ciudad Capital. Las luces de la ciudad se deslizaban sobre la superficie del taxitransportador. El magistratus no decía nada. Tampoco el conductor. Solo la música de nuevo que había escuchado a su llegada.

Pronto llegaron a su destino: el lujoso hotel *Capital Light*, un rascacielos imponente que se alzaba en el corazón del distrito central. Sus fachadas de cristal reflejaban el cielo, y las luces doradas enmarcaban la entrada principal, dándole un aspecto aún más grandioso.

El conductor detuvo el vehículo frente a la puerta del hotel. Un portero uniformado se apresuró a abrirle la puerta al magistratus.

Matt, tras descender, se acercó a la ventanilla:

—Gracias por el trayecto.

—Gracias a usted. Ojalá pueda resolver su caso con rapidez.

El ligero transportador avanzó por la avenida y, de repente, frenó en seco. El viejo conductor agarraba con nerviosismo el inductor de velocidad. Su cuerpo no se movía. Desde el principio, había reconocido en Matt algo más que un simple magistratus. Su combinación única de habilidades y características lo convertían en una pieza clave. Un obstáculo peligroso. No solo tenía el conocimiento técnico necesario para comprender las complejidades del Proyecto R, sino también la integridad moral para manejar el poder que conllevaba.

Apenas había obtenido información sobre Refbe, pero al menos, ahora sabía dónde se alojaba el agente al cargo. Christian Crowl, cuya fachada desgastada como conductor ocultaba su verdadera identidad, no estaba

allí por casualidad. Aquel magistratus no solo representaba una amenaza, sino el tipo exacto de enemigo que más temía.

Crowl apretó el inductor de velocidad. El taxitransportador se desvaneció entre las luces de la ciudad, rumbo a la penumbra que aún lo protegía.

*--Únete a la mejor plataforma literaria en español, FICTOGRAMA.COM, un universo de palabras y ficción--. -Texto escrito por IBreiel*